

JACQUES LACAN

Intervención luego de la exposición de André Albert sobre

*EL PLACER Y LA REGLA FUNDAMENTAL*¹

Quisiera poner el acento – el acento de mi aprobación – sobre lo que hizo André Albert. Quiero decir que es verdaderamente notable que haya logrado agotar, en cuanto a la regla fundamental sobre la que se proponía retener la atención, todo lo que se encuentra en los enunciados de Freud en primer lugar, y si puedo decir mejor aún los puntos en que yo mismo he hecho referencia a ella.

Claro está, yo supongo el conocimiento de esta regla fundamental a todo aquel que, sea en el grado que sea, ha entrado en la experiencia analítica, porque es de algún modo la condición. Pero que André haya ido a buscar exhaustivamente, en los puntos que conviene, los lugares en que yo me refiero a dicha regla sin nombrarla expresamente, me ha sorprendido y se lo agradezco. Es muy notable y tal vez valga la pena que yo vuelva sobre lo que él enunció, como a un texto fundamental.

El hecho de que él haya inmediatamente señalado como esencial la relación de esta regla con el principio del placer me parece que da cuenta de lo que ha sabido decir al respecto. El principio del placer, para dar un poco de peso a mi contribución, y no se lo puede precisar mejor de lo que hizo Freud, es el principio de temperar, de amortiguar la estimulación. Eso desde luego comporta una cierta astucia pero, en fin una astucia que justamente consiste en no poner el acento sobre la trampa. La trampa no es lo que se llama el placer. La trampa es el goce.

El principio del placer, para decir algo que es demasiado frecuentemente olvidado, el principio del placer es el principio de no hacer nada, de hacer lo menos posible. Y el mejor certificado de inteligencia – sí, digo de inteligencia – que se pueda dar a alguien, es haber tenido éxito en eso en alguna medida.

Entonces es bien evidente que el enunciado de la regla fundamental consiste en decir a una persona que viene para pedirles algo - llegado el caso

¹ Intervención realizada en París, junio de 1975.

una ayuda - que la regla fundamental no es otra cosa que hacerle observar que hay que sudar un poquito para hacer algo juntos, que la cosa no va a andar si de algún modo no se llega hasta lo que displace, no al analista, sino que displace profundamente a cualquiera: hacer un esfuerzo.

Es muy difícil no advertir que al mismo tiempo, como se dice, el analista encuentra un aliado en el superyó; porque el superyó es justamente – y es por eso que he intentado definirlo del modo en que André Albert ha recordado al final de su exposición – el superyó es el imperativo del goce.

Ahora bien, hay algo por lo cual lamento dar la impresión de concederle a André Albert una buena nota, ya que no necesita de mí para otorgársela solo, y es que él ha decentemente, viene al caso decirlo, hecho intervenir en esto la función de la lógica, que es desde luego, tal como la he definido: lo único por lo cual hay un acceso a lo real. Y no soy yo quien va a enseñarle la observación que ha hecho en cuanto a la regla fundamental, en una pequeña nota al pasar: *la singularidad*, dijo, *de lo que no debe ser omitido*. Digo esto porque lo extraje de su exposición; tomé muchas notas y he seguido muy de cerca todo lo que dijo; y esta referencia a la singularidad, pienso que hay bastante gente aquí que ha leído a Aristóteles para saber que lo singular es algo muy distinto de lo particular.

Alguien entre los que intervinieron – no he anotado su nombre, lo lamento – evocó la particularidad, me parece. Para Aristóteles no existe en fin de cuentas más que lo particular.

Lo particular, eso se define por una cierta forma de nudo que he creído poder escuchar en esta referencia a la particularidad, no sé cuál, es al menos sobre eso que yo tomé mi nota, que la particularidad, en todos los niveles, se define por lo universal; y en cierto modo, se puede decir que si no hubiera simbólico, es decir esta especie de inyección de significantes en lo real con la cual estamos forzados a arreglárnosla, no habría síntoma. Y el síntoma es la particularidad, es lo que nos hace a cada uno un signo diferente de la relación que tenemos, en tanto seres hablantes, con lo real. Lo universal, allí, es siempre algo que se sustrae en el horizonte y a lo cual nosotros no hacemos referencia más que por la numeración - son mis bagatelas, supongo que unos cuantos las conocen -.

Ahora bien, la discordancia está en lo siguiente: es que nosotros no podemos, en el fondo, darlo como regla... – pero es indispensable saberlo cuando admitimos a alguien a eso por lo cual nos comprometemos con él, ya que de todos modos es el síntoma lo que está en el corazón de esta regla: a lo que se apunta en el enunciado de la regla fundamental, es a la cosa de la que el sujeto está menos dispuesto a hablar, es decir, de su síntoma, de su particularidad.

Y es en esto que es notable lo que solamente André Albert ha indicado, que la única cosa que vale no es lo particular, es lo singular. La regla quiere decir: *vale la pena* – “vale la pena” dice muy bien lo que quiere decir, es lo que yo llamé hace un momento: hay que sudar un poco – vale la pena *errar a través de toda una serie de particulares para que*, como él dice, *algo singular no sea omitido*. Vale la pena gozar de esta posición única que sólo se define - lo he evocado en su tiempo en mi seminario – de un modo que llamé el encuentro. El encuentro que no es jamás uno verdadero, que no se hace sino en la medida de un “ve hacia donde quieras”, en la medida del tironeo del nudo que está de todos modos para cada uno perfectamente especificado.

Si algo se encuentra que defina lo singular, es lo que yo he llamado por su nombre: un destino. Es eso lo singular, vale la pena haberlo obtenido: por suerte, una suerte que de todos modos tiene sus reglas. Y hay un modo de ceñir lo singular por la vía justamente de ese particular, ese particular que hago equivaler a la palabra síntoma.

El psicoanálisis es la búsqueda de esa suerte, que no es siempre forzosamente ni necesariamente una buena suerte, una dicha. Pero es bien claro que cuando proponemos la regla fundamental, hacemos referencia específicamente a la particularidad, en tanto que ella desarregla el principio del placer. El principio del placer, consiste en no tener nada de particular. El principio del placer es de todos modos eso a lo cual bastante gente aún se aferra: a lo cortés, a la norma fálica².

El análisis nos indica que no hay más que el nudo del síntoma, y que hay que sudar bastante para llegar a aislarlo; tanto hay que sudar que uno puede incluso hacerse un nombre, como se dice, de ese sudor. Es lo que conduce en algunos casos al colmo, a lo mejor que se puede hacer: una obra de arte. No es nuestra intención, no se trata para nosotros en absoluto de llevar a alguien a hacerse un nombre ni a hacer una obra de arte.

Lo nuestro consiste en incitarlo a pasar por el buen agujero de lo que le es ofrecido, a él, como singular.

(Traducción de G. Lombardi, para uso interno de la Cátedra I de Clínica de Adultos).

² Lacan juega sobre la homofonía entre *normale* (normal) y *norme-mâle* (norma-macho).